

—Ea! qué se os ofrece á tales horas?

—Abrid!.....

—Quién sois?

—Que abrais os digo!.....

—Avisaré.

—Ay de tí, si pronuncias una sola palabra!..... calla y ábrenos, ó mando que te descuarticen.

El infeliz atalaya del palacio desapareció de la ventana, y á los dos minutos abrió de par en par las puertas, y apareció alumbrando con una sucia palmatoria su azorado semblante.

—Ah!—exclamó,—sois su merced... .. el señor Gobernador!.....

—Guía!..... dijo Chirinos, que en efecto era el que habia llamado.

El hombre de la palmatoria comenzó á andar seguido por el gobernador y otros ocho ó diez caballeros. Todos estaban embozados; todas las capas formaban por detrás un ancho pliegue levantado por la contera de una espada.

Se internaron por un dilatado corredor en cuya balaustrada se entrelazaban la madreSelva y los rosales. Llegados á la extremidad del corredor, torcieron por otro semejante, donde se abria, lleno de esculturas, un elevado frontispicio. Por allí se recibia en el rostro un hálito de frescas brisas perfumadas. Oíanse caer las gotas de la lluvia sobre las hojas: un farolillo suspendido á la bóveda, enviaba sus reflejos sobre la vaga espesura de los árboles que se movian con un susurro halagador tras los barrotes que cerraban un arco del fondo. Aquella reja estaba en el extremo de otro pequeño corredor cuya entrada era el pórtico. En sus costados se veian varias puertas.

—Y esto?—preguntó Chirinos señalándolas.

—Son,—replicó el guía,—las habitaciones de las damas.

—Son las únicas?

—No, señor..... siguiendo este segundo patio, se hallan otras.

—Bien,—replicó Chirinos.—Despues, dirigiéndose á uno de los embozados, le dijo: seguid á este hombre á las habitaciones de esas damas.

El hombre aquel se separó de allí con otros cuatro, y precedidos por el de la palmatoria, abrieron la reja y se perdieron por el huerto.

Chirinos llamó entonces á la puerta; una voz de mujer preguntó desde adentro:

—Eres tú, Florinda?

—Sí,—dijo Chirinos;—abrid á la justicia.

Este nombre causaba espanto.

Oyóse en el interior la sorda agitacion producida por ese grito, que era una amenaza. Voces confusas, batahola de muebles y carreras de piés descalzos, dejaban adivinar que el rostro formidable del terror habia asomado en aquel nido de mujeres.

—Abrireis?..... —volvió á decir Chirinos haciendo resonar un puñete sobre la puerta.

Las voces de adentro se hicieron mas angustiadas. Las carreras fueron mas rápidas, y vino el silencio. Poco despues se oyeron sobre la chapa los desacertados topes de una llave que no atinaba con la cerradura.

—Vamos!—gritó con voz de trueno uno de aquellos hombres.

La llave cayó al suelo.

Aquel hombre, que era Salazar, gozoso con el susto que habia inspirado, se sonrió de una manera horrible.

Chirinos pudo oír entonces el roce de una mano que recorría el umbral, buscando la llave. De repente la mano ciega y temblorosa tocó la llave; y esta, girando como la manecilla de un reloj, pasó por debajo de la puerta y fué á tocar el pié de Chirinos. Este se inclinó para recogerla.

Un momento despues, el feroz gobernador entraba con sus gentes á una habitacion magnífica, relativamente á aquellos tiempos. Una jóven india, estrechando entre su seno casi desnudo los pliegues de una ancha túnica de lino, estaba en pié interrogando á aquellos hombres con sus miradas. Mas allá, tras los blancos cortinajes de un lecho se acurrucaban dos ó tres mujeres. Véanse tambien sus hombros desnudos, como saliendo del vaporoso contorno de una nube; rostros encendidos, vueltos para ocultar el rubor, dejaban ver entre las ondas de una negra cabellera la graciosa curva de una pequeña oreja sonrosada, ó la mejilla, por donde brillaba con el trémulo fulgor de una estrella la gota diamantina de los pendientes.

Un deseo impuro asomó por las pupilas de Peralminde y de sus esbirros, devorando la voluptuosa redondez de aquellas formas: entretanto, un deseo mas poderoso, mas terrible, una largura odiosa, que podria llamarse la mano del gobierno, parecia salir por debajo del embozo de Salazar, y dilatarse y palpar la calidad y el peso de los diamantes.

—A ver..... —dijo Chirinos con el tono de un contra-maestre;—registrad el aposento, abrid esos c6fres; que nadie salga; dos hombres abajo para cuidar la puerta!.....

La jóven india que aun estaba enfrente de Chirinos, viendo que los embozados aquellos se repartian por las ha-

bitaciones y comenzaban á trasegar los muebles, puso su mano sobre la del gobernador, y pronunció en claro español estas palabras:

—Habla..... dí qué quieres..... qué buscas?

—Y tú, quién eres?—preguntó Chirinos haciendo un gesto de repugnancia.

—Yo,—dijo la jóven reprimiendo apenas un movimiento de altivez,—soy Cozcatl, hija de Tomahuac, muerto en defensa de sus dioses y de su patria.....

—Y esas?..... preguntó Salazar señalando á las jóvenes medio ocultas en el cortinaje.

—Espera,—replicó Cozcatl; no las toques..... yo te daré lo que buscas.....

Entonces fué hácia el lecho y dijo ciertas palabras que, pronunciadas en el idioma azteca, parecieron una jerigonza á Peralminde. En un momento las jóvenes aquellas se despojaron silenciosamente de sus joyas. La hija de Tomahuac recibió en la palma de sus manos varios pendientes, algunos hilos de perlas, y un sinnúmero de sortijas. Despues los presentó á Chirinos, diciéndole:

—Aquí teneis lo postrero que nos resta de la herencia de nuestros padres.

—Por acá!..... dijo Salazar extendiendo una mano.

Cozcatl puso allí las alhajas, y volvió á colocarse enfrente de las jóvenes, como si quisiera protegerlas con su cuerpo.

—Vamos,—le dijo Chirinos;—haced que se descubran esas mujeres..... quiero verlas.

Ah! señor!..... exclamó Cozcatl cayendo de rodillas;—os juro que todo lo que poseíamos os lo hemos dado...

—Eh!..... me tomarás por un ladron? canalla..... exclamó el factor enrojeciéndose.

—No sois español?—preguntó Cozcatl dejando ver entre el espanto una mirada candorosa.

Aquella natural pregunta fué para todos el colmo de la insolencia, y el mas sangriento de los ultrajes. Chirinos levantó los puños; Salazar se apresuró á contenerlo; pero uno de aquellos miserables que nunca faltan entre la comitiva de un tirano; uno de aquellos que nunca desprecian la ocasion de mostrar su vergonzosa fidelidad y su cobarde infamia, cuando el caso no les ofrece el mas mínimo peligro, desnudó la espada y dió de plano sobre el rostro de la jóven india, que lanzó un gemido tan horrendo como debió ser el dolor, y calló sin sentido.

Tres gritos mas resonaron entre las cortinas.

—Ea!—dijo Peralminde dirigiéndose á los esbirros;—tomad la luz y mostradme el semblante de esas mujeres; á fuerza, si resisten.....

Entre todos los instintos de perversidad que la naturaleza ha colocado en el corazon de algunos hombres, existe uno, difícil de clasificar, pues participa indudablemente de todas las pasiones ruines aunque fecundas en atrocidades. Denegrido, solapado, feroz, cruel como la envidia, se ensaña contra todo lo justo, lo verdadero, lo bello. Frio é inexorable como la crueldad, se complace en las convulsiones de la víctima, se rie del dolor, y hace escarnio de la muerte. Es un tesoro de rencor acumulado gota á gota en el fondo de una alma oscura cerrada á la virtud, al amor ó la esperanza. Es una especie de locura infernal, nacida como los gusanos, de entre lo corrupto, lo abandonado, lo asqueroso, lo miserable. Es odio sin envidia, envidia sin tristeza, deseo de aborrecer, anhelo de vengarse en algo, de una vaga impotencia, de un sentimiento de inferioridad

humillado por el espectáculo de la belleza, de la dicha, del contento y aun de la gloria.

No es la indignada contemplacion del pobre que ve desfilar ante sus ojos las espléndidas carrozas donde marchan hollando al pueblo, la rapaz autoridad, el vicio afortunado, la felicidad egoista. No era, pues, lo que se llama el odio de los pobres contra los ricos; porque el instinto de que hablamos se halla tambien en algunos hombres protegidos por la fortuna. Es un odio á todo, se liga á una especie de voluptuosidad en el mal, á un deseo satánico de irritar una herida, de empeorar una situacion, de desenganchar unos deseos asidos como á la salvacion en la rama que cuelga sobre el abismo. Los hombres de Pero Alminde tenian este instinto.

Acercáronse: uno de ellos, cuyo nombre ha conservado la crónica, Ruiz Cobos, el mismo que habia herido á la hija de Tomahuac; asíó por una punta la estera que estaba sobre el lecho, tiró con sus fuerzas de toro, y arrastró de un golpe al grupo de las doncellas. Una rodó al suelo, dos quedaron en una posicion inhonesta, asidas á los pliegues del cortinaje.

Aquello provocó la risa de los gobernadores. Pero una de las jóvenes se arrastró por la estera, arrebató una especie de escabel que tenia al alcance de su mano, y le lanzó con fuerza sobre la frente de Chirinos. Este pudo escaparse, y el objeto se estrelló contra el muro.

Tan inaudito atrevimiento en una mujer que, siendo hija de indios, era considerada como inferior á las bestias, merecia un castigo peor que la muerte. Ruiz Cobos sujetó á la jóven por la cintura.

Chirinos, ya convencido de que no se hallaba en aque-

lla habitacion Isabel Dorantes, que era el único objeto de sus pesquisas, se salió de allí con Salazar, en busca de nuevos aposentos, pronunciando al salir algunas cínicas palabras, que eran la orden de un tremendo castigo.

Ruiz Cobos y los demas secuaces del factor se estremecieron de gozo.

Aquellas jóvenes, completamente solas, abandonadas á la siniestra ferocidad de los esbirros, fueron acometidas.... ¡Qué horrible es la maldad cuando tiene la conciencia de quedar impune! ¡Qué honda desesperacion maldita la de un débil, cuando arrastrado fuera de la sociedad y de la ley, combate sin tener por testigos mas que la mirada impasible de Dios y la impura y sangrienta de sus verdugos!...

El robo y las escenas sacrílegas se repetian con otras damas en otras habitaciones del palacio. La tea que pone el colmo á las maldades, pretendiendo ahogaras bajo el incendio, humeaba ya en las manos de algunos soldados españoles, cuando un estruendo de cascos de caballos y de armas y gritos salvajes, retumbó en los ámbitos del patio.

Un hombre entró corriendo adonde estaban los gobernadores, y con voz ahogada les dijo:

—Silencio! señores..... acaba de llegar Don Rodrigo de Paz!..... Viene amenazante.....

—Trae gente? preguntó Chirinos.

—Sí, replicó el hombre; viene con sus guardias.

—Bueno..... salid á todo escape; Barrientos debe hallarse en la casa de Farfan; decidle que abandone todo y venga al instante.

Barrientos habia quedado en la calle previniendo á su gente para cumplir las órdenes de Pero Almindes. Zamora, el trovador á quien dejamos oculto en el vano de una

puerta, lo habia escuchado todo. La jóven del balcon tampoco habia perdido ni una de las lúgubres palabras de aquella órden dada por Chirinos.

Cuando Barrientos se acercó á llamar en la puerta, la jóven (que era aquella Sara á quien conocen nuestros lectores) fué á despertar á toda su familia, y todos pudieron escaparse con tiempo, aunque con gran dificultad, por las azoteas. Entretanto, Zamora habia corrido á la casa del alguacil mayor. Rodrigo de Paz era gefe, protector y amigo de Zamora. Conocia sus amores. Debia ser el padrino de la boda, y era entonces el único que pudiera poner coto á los abusos que se preparaban.

Barrientos se mesó las barbas y arrojó tremendas maldiciones al hallar vacía la casa de Farfan. Hizo se registrasen hasta los muebles. Ya llevaban algun tiempo de estar en tal operacion, cuando llegó el enviado de Chirinos. Barrientos reunió á toda su gente y marchó al palacio. En uno de los corredores se detuvo ante un grupo de caballeros que altercaban á grandes voces.

—Basta ya! decia Rodrigo de Paz, dirigiéndose á Salazar y Chirinos. Abusais por tercera vez del poder que arrebatamos á Estrada y Albornoz para ponerle en vuestras manos. O bien moderais ese carácter tiránico y atroz que os arrastra al precipicio con la felicidad del reino, ó fuerte como soy todavía para domeñar una asonada y hacer temblar á los rebeldes, haré que descendais del puesto de esa autoridad que pretendéis trocar en instrumento de pillaje y de oscuras venganzas!

—Caballero! exclamó Chirinos, cuya frente se enrojeció de cólera.

—Silencio! replicó Rodrigo de Paz; vos sois aquí el úni-

co móvil de lo que acontece. El amor, el odio que abrigais por una dama que rechaza vuestro amor disoluto, es quien os trae á estos lugares en pos del desquite ó de un impuro deleite. Pero yo, Rodrigo de Paz, os juro que entre vos y esa jóven hallareis siempre la punta de mi espada!

—Lo que hallo siempre, dijo Pero Almindes enfurecido, es la punta de vuestra lengua. Mostrad la del acero, y ya veremos si el espíritu que alienta vuestra vanidosa charla, da á vuestro brazo lo que le sobra al mio para aterrar á un miserable!

—Por Santiago! exclamó Paz, desnudando la espada. Hartas ganas tenia de llegar á este lance; aquí me teneis!

—Qué haceis? dijo á este tiempo Salazar, metiéndose entre las espadas. Rodrigo! en nombre de nuestra amistad, conteneos! Chirinos!.... en nombre del honor, en nombre del reino, evitad un conflicto!.....

A imitacion de Salazar, otros diez ó doce individuos se pusieron entre Paz y Chirinos. Cada uno de los combatientes fué aislado casi á fuerza, y conducido á gran distancia de su adversario. Por cima de los grupos de pacificadores se levantaban dos cabezas, la de Paz y la de Chirinos, arrojándose miradas impregnadas de cólera, y cambiándose horribles denuestos.

Salazar pugnaba por persuadir á Chirinos á que callase, recordándole cuán dudosa era todavía la situacion, y temeraria una disputa con el alguacil mayor, rodeado aún de servidores fieles y de prestigio. Todo fué en vano: Chirinos, á quien todo le era indiferente mientras Isabel no cayese en sus manos, continuó descargando sobre el alguacil una tempestad de improperios.

—Aprehended á ese hombre!....—gritó Rodrigo de Paz.

Los esbirros que acompañaban al gobernador huyeron al escuchar estas palabras. Cinco hombres de los diez que traia D. Rodrigo se acercaron á Chirinos y le ciñeron con un resplandor de picas.

—Vuestra espada, señor.....—le dijo uno de los guardias.

—Obedeced!.....—le dijo Salazar,—no seais indiscreto.....

—Mi espada!—dijo Chirinos apartando con ella las picas que amenazaban su pecho;—mi espada me la arrancais con la vida..... atrás..... villanos!

Paz, viendo que los suyos retrocedian ante aquel amago, se volvió á Barrientos y le dijo:

—Capitan, sujetad á ese hombre.....

En este momento, un caballero cubierto con una capa roja y un sombrero con pluma negra, apareció en medio de todos como una sombra evocada por los conjuros de la magia.

Era Negromonte; sus ojos terribles clávaron como dos puñales en el pecho de D. Rodrigo. El alguacil mayor experimentó cierto involuntario terror ante aquella mirada, que tenia la inmovilidad y el brillo siniestro de la de una esfinge.

—A qué venís aquí?—dijo Rodrigo de Paz oprimiendo convulsivamente la empuñadura de su espada.—Marchaos si no quereis que vuestra suerte se confunda con la de vuestro cómplice.

—Barrientos!—dijo Negromonte.

—Señor!.....

—Aprehended á ese caballero.

—A mí!—dijo Rodrigo de Paz.

—Qué esperais?—dijo Negromonte á Barrientos.

Este se adelantó á D. Rodrigo y le pidió la espada.

—Cómo!—exclamó el alguacil mayor en el colmo de la sorpresa;—vos!..... Barrientos!..... mi soldado..... mi amigo! venís á aprehenderme?.....

—Vuestra espada, señor.

Paz, fulminado por aquella traicion que conoció hasta entonces, permaneció mudo y atónito por algunos momentos. Vínole despues una reaccion de cólera; la indignacion envolvió su frente como en un velo de sangre; y ciego, desatentado, frenético, levantó la espada y arremetió con Negromonte.

Este dió un salto hácia atrás y requirió el acero. Ninguno de los que presenciaron aquel lance supo explicar cómo, ni por dónde, ni en cuantos pedazos voló al primer golpe la espada de Rodrigo de Paz. Un silbido, un chorro de chispas azuladas, un grito de coraje, fué todo lo que vieron y oyeron los circunstantes.

Sujetadle,—dijo Negromonte envainando.

Rodrigo de Paz fué derribado; y la mordaza, que era forzoso aplicar siempre á los presos, llenó su boca; y los cordeles comenzaron á imprimir dolorosos círculos en todos sus miembros.

A una señal de Negromonte, Paz fué levantado como en cierta noche lo fué Jorge Villadiego, y llevado en peso por cuatro hombres, salió de [palacio lanzando ahogados gritos de rabiosa impotencia.

Barrientos y sus milicianos le siguieron.

Cuando los dos gobernadores quedaron solos con D. Pedro, Salazar, cobarde por naturaleza, y azorado con la temeridad del golpe que acababa de darse, interrogó al autor de aquello que él tenia por un desacierto:

—¿Y no temeis,—le dijo,—las consecuencias de esta accion? Rodrigo de Paz es poderoso todavía. Hoy, por la postrera vez, debiamos habernos presentado respetuosos y humildes.....

—Humildes!—dijo Negromonte;—ya lo hemos sido mucho tiempo..... sobre todo, si Dios guarda para los humildes el reino de los cielos, el diablo reserva el de la tierra para los audaces.